

# Necrológica

## El Excmo. Sr. Dr. D. Severo Ochoa de Albornoz

Nuestro admirado Académico de Honor, el Premio Nobel de Medicina don Severo Ochoa falleció en Madrid, en la Clínica de la Concepción, el atardecer del día 1 de noviembre de 1993. Contaba 88 años de edad. Había nacido en Luarca, un pueblecito de pescadores de Asturias, el 23 de septiembre de 1905. Su padre murió muy joven, cuando Severo tenía solamente 7 años. Su madre, a poco de desaparecer su esposo, se trasladó con sus seis hijos a Málaga, ciudad en la que Severo Ochoa estudió el bachillerato. Pero todos los veranos la familia volvía a Luarca.

Severo Ochoa de Albornoz llega a Madrid, para estudiar Medicina, en 1922. Se aloja en sucesivas casas de huéspedes. Está en el tercer curso de la carrera y ya es ayudante de clases prácticas de Fisiología en la cátedra del profesor Negrín. En el verano de 1925 marcha a Glasgow, con el fisiólogo Noel Paton, y estudia el metabolismo de las bases guanidínicas y de la creatina en relación con las glándulas paratiroides. Durante el curso 1927-28 ingresa en la célebre Residencia de Estudiantes de Madrid, cuando acaba de fallecer su madre. Ocupa la misma habitación que Rafael Méndez, un prometedor estudiante de Farmacología, discípulo de don Teófilo Hernando. Se hace muy amigo de Grande Covián, asturiano como él. Se entusiasma con una conferencia que pronuncia Bernardo Alberto Houssay, próximo Premio Nobel, sobre Fisiología. Y con la lectura de las obras de Cajal y de Claudio Bernard. Se siente, además, identificado con el espíritu juvenil, tolerante, creador, de la Residencia, en la que también viven Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Buñuel, Moreno Villa, y de la que es magnífico di-

rector don Alberto Jiménez Fraud.

En 1929 termina Severo la licenciatura y se doctora con Premio Extraordinario. La Junta de Ampliación de Estudios le concede una beca y se traslada primero a Berlín y luego a Heidelberg, donde estudia en el *Kaiser Wilhelm Institut* con el Premio Nobel Otto Meyerhof, quien le nombra *Privat-dozent*. Vuelve a España y trabaja en el Laboratorio de Fisiología de la Junta de Ampliación de Estudios que dirige don Juan Negrín. En 1931 se casa con Carmen García Covián, una encantadora muchacha asturiana, de una familia muy amiga de la suya, y que conoce desde niño. Celebran el matrimonio en la basílica de Covadonga. Marchan los dos a Plymouth, a laborar con Harold W. Dudley en una investigación sobre las enzimas, en el Instituto de Biología Marina. Retornan a España y Ochoa es nombrado Ayudante de Fisiología y Bioquímica de la Facultad de Medicina y, en 1933, Profesor Auxiliar. Publica, en 1932, su primer trabajo científico, en colaboración con Hernández Guerra, titulado *Elementos de Bioquímica*. Se presenta a oposiciones a la cátedra de Fisiología de la Universidad de Santiago de Compostela. No la obtiene. Decepcionado se aleja del profesor Negrín. Don Carlos Jiménez Díaz le nombra Jefe de la Sección de Fisiología de su Instituto de Investigaciones Médicas.

Sobreviene la Guerra Civil. Gracias a la generosa recomendación del profesor Negrín, se puede ir, con Carmen, a Alemania, a Heidelberg, a trabajar de nuevo con Meyerhof. En Heidelberg permanece el inseparable matrimonio Ochoa un año. Mas, es inminente una Segunda Guerra Mundial, y se trasladan a Inglaterra, a Plymouth y, después, a Oxford. Allí trabaja el futuro

Premio Nobel con sir Rudolph A. Peters, sobre el metabolismo cerebral.

En agosto de 1940 la Guerra Mundial está en su apogeo. La batalla de Inglaterra adquiere caracteres apocalípticos. No cesan los bombardeos aéreos. Severo, «hombre distinto», «homo theoreticus» de la tipología de Sprengel, parte en barco con su mujer a los EE.UU., a encontrarse con el matrimonio Cori, dos bioquímicos que trabajan en San Luis, en la *Washington University Medical School*, que alcanzarán el Premio Nobel en 1947. La pareja asturiana permanece dos años con los Cori, hasta que se trasladan, definitivamente, a Nueva York, en cuya Universidad alcanzará el doctor Ochoa nuevos puestos. En 1944 es Profesor Auxiliar de Farmacología y Bioquímica, en 1946 es promovido a profesor y Director de Departamento de Farmacología. En 1952 ocupa el mismo cargo en el Departamento de Bioquímica. Se hace súbdito norteamericano. Durante aquellos años descubre la enzima condensadora, aclara el ciclo de Krebs. Recibe numerosos premios: medalla Bewberg, premio Mayer, premio Borden. En 1959, en fin, el Premio Nobel de Medicina y Fisiología, que comparte con un antiguo discípulo suyo, Arthur Komberg, por sus descubrimientos de la síntesis del ácido ribonucleico, el RNA, clave de la genética, y de la del desoxiribonucleico, el DNA. Sus estudios sobre el mensaje genético, su expresión; el origen de la vida. Fue su estancia en los EE.UU. de América «un exilio científico» fecundo. «Tuve que trabajar mucho —dirá siempre modesto don Severo— ese galardón».

Severo Ochoa de Albornoz ha estado en Mallorca en tres cortas ocasiones. La primera de ellas en 1923, aún estudiante de Medicina, con una expedición de Odón de Buen, visitando el Laboratorio Oceanográfico de Baleares. La segunda en 1969, invitado por el doctor Javier Garau, presidente por entonces de esta Corporación,

condiscípulo suyo en la Residencia de Estudiantes de Madrid, y de la que hay cumplida constancia en las páginas de esta revista (\*). Por aquellos días fue nombrado Académico de Honor de nuestra Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca y Colegiado de Honor del Colegio de Médicos de Baleares. La tercera y última en 1992, ya muy achacoso, para inaugurar el II Curso de Avances de Genética Humana organizado por la Unidad de Genética del Hospital de Son Dureta. En esta estancia, don Severo, inconsolable por la muerte de su esposa Carmen acaecida súbitamente en 1986, un año después de trasladarse para siempre a España, declaró a la prensa que no creía en el Más Allá, «que el hombre no es más que un conjunto perecedero de reacciones físicas y químicas».

Consecuente con su actitud agnóstica, en el entierro de don Severo, celebrado en su pueblo natal el día 3 de noviembre de 1993, no hubo representación religiosa alguna. La coral Villa Blanca interpretó, al lado del féretro, cubierto por una bandera de Asturias, rodeado por numerosas coronas de flores, evocadoras canciones asturianas. Una de ellas llevaba el título «Peregrino de la noche».

Y, un incansable «peregrino de la noche», de la «gran aventura», fue nuestro inolvidable don Severo Ochoa. Un científico genial, un hombre discreto, humilde, que rehusó un segundo Premio Nobel y un título nobiliario que quisieron concederle los Reyes de España. Sus restos duermen, definitivamente, en el silencio del cementerio erigido en un alcor que mira al mar, en la bella villa donde naciera, Lluçà. Junto a las cenizas de Carmen García Covián, «la razón de su existencia», la mujer a la que amó tanto, vocacionalmente. Severo Ochoa, con su vida ejemplar, nos recuerda que es en los laboratorios de investigación científica donde «se hace avanzar al mundo, rodar el progreso». Y se consigue «hacer al hombre más feliz».

(\*) Rodríguez Tejerina, J.M.<sup>a</sup>, *Severo Ochoa en Mallorca*, «Medicina Balear», volumen 4, número 3, Septiembre/Octubre 1989, páginas 199 y ss.

José M.<sup>a</sup> Rodríguez Tejerina